

Nuestros ojos fueron abiertos

(basada en Lucas 24,13-35)

Dos amigos de Jesús iban caminando de Jerusalén a Emaús, una pequeña ciudad a diez millas de distancia. Mientras caminaban, se acordaron de todas las cosas que habían sucedido en Jerusalén. Ellos habían estado en la multitud gritando «¡Hosanna!», cuando Jesús llegó a Jerusalén. Habían visto con horror el arresto de Jesús y habían llorado cuando Jesús murió en la cruz.

Los dos amigos estaban perplejos. Sabían que el cuerpo de Jesús había sido puesto en una tumba. Ahora, la tumba estaba vacía. Algunas mujeres dijeron que habían ido a la tumba y habían visto a un ángel. Ese ángel les dijo que Jesús estaba vivo. ¿Qué podría significar todo eso?

Mientras andaban por el camino, un desconocido se les acercó y comenzó a caminar con ellos. «¿De qué han estado hablando mientras van caminando?», les preguntó.

Los dos amigos miraron al hombre con asombro. «¿Es usted la única persona en Jerusalén que no sabe lo que pasó? ¡Seguro que ha oído hablar de Jesús de Nazaret! Él fue un profeta enviado por Dios. Fue detenido y condenado a muerte en una cruz. Eso pasó hace tres días. Hoy unas amigas fueron a la tumba y no pudieron encontrar su cuerpo. Dijeron que se encontraron con unos ángeles que les dijeron que Jesús está vivo».

«Veo que ustedes no entiende lo que ha sucedido», dijo el desconocido. «Se los voy a explicar».

El desconocido comenzó a contar muchas historias acerca de Dios a los dos amigos. Empezó desde el principio de los tiempos y les contó todas las historias que llevaban a Jesús. Era un narrador extraordinario. Los dos amigos comenzaron a sentirse mucho mejor. Sus corazones se llenaron de gozo y esperanza mientras le escuchaban.

Los tres llegaron a Emaús justo cuando ya estaba oscureciendo. El desconocido siguió caminando, pero los dos amigos le dijeron: «Por favor, quédate con nosotros». Invitaron al hombre a comer con ellos. Cuando se sentaron a la mesa, el desconocido tomó el pan, oró, y partió el pan como Jesús lo hacía. De repente, los amigos se dieron cuenta de que era Jesús. ¡Estaba vivo! Se acercaron para tocarlo, pero Jesús se había ido.

Los dos amigos estaban tan emocionados que quisieron ir a contárselo a todo el mundo. No les importó que fuera casi de noche. No les importó que habían estado caminando por horas. Ellos saltaron y fueron corriendo todo el camino de regreso a Jerusalén, para ir a buscar a los otros discípulos. «¡Jesús está vivo!», gritaron. «¡Lo vimos en el camino! ¡Habló con nosotros! Lo reconocimos cuando partió el pan».

Nuestros ojos fueron abiertos

(basada en Lucas 24,13-35)

Esta semana, utiliza una o más actividades de cada sección para descubrir la gracia y la gratitud junto a tu familia.

Reconocemos la gracia de Dios

- Lee y disfruta de la historia con tus hijos e hijas—usen su imaginación y hagan preguntas.
- Los amigos de Jesús caminaron y recordaron. Crea una caminata de recuerdos. Pon etiquetas en ciertos lugares de tu casa o en el patio, con nombres de lugares en los que Jesús estuvo en Jerusalén: templo, aposento alto, palacio de Herodes, huerto, Gólgota y la tumba. Después de identificar los lugares, vayan de un lugar a otro y cuenten nuevamente la historia de lo que sucedió en cada lugar.
- Jesús estuvo con sus amigos en Jerusalén y en Emaús. Dibuja un lugar en donde sientes que Jesús siempre está contigo.



Respondemos a la gracia de Dios

- Un desconocido ayudó a los amigos a reconocer a Jesús. Piensa en las personas desconocidas a las que les pasas por el lado todos los días. Ora por ellas. Por ejemplo, «Dios amado, por favor, haz que la señora de la tienda sepa que estás con ella. Ayuda al hombre del autobús». Esta semana ayuda a tus hijos e hijas a aprenderse el nombre de una persona desconocida, hablando con la persona para que ya no sea desconocida.
- Cuando el desconocido partió y bendijo el pan, él ayudó a los amigos a reconocer a Jesús. Invita a tu familia a preparar y a hornear una hogaza de pan. Cuando el pan se haya enfriado, tomen turno para pasar el pan, partiendo un pedazo, e invitando a Jesús a estar contigo en uno de los lugares que frecuentas a diario.
- A veces las personas que tienen miedo, que están tristes y solas, no saben que Jesús está siempre con ellas. Hagan un marcador que diga: «Jesús siempre está contigo». Da el marcador a alguien que necesite un recordatorio del amor y de la presencia de Jesús.

Celebramos en gratitud

- Para celebrar la presencia de Jesús al partir el pan, invita a tu familia a escribir o a dibujar una oración de comunión en una tarjeta. Lamina las oraciones con plástico auto-adhesivo para que duren. Pon las oraciones junto a otras cosas que suelen llevar a la iglesia: una Biblia, una bolsa, o una cartera. Da a tu familia sus oraciones durante la comunión, para ayudarles a recordar. Por ejemplo, una oración de comunión podría decir: «Gracias, Jesús, por estar conmigo durante la comunión. Gracias por recordarme que siempre estás conmigo. Amén».
- Hagan esta oración o una similar cada día de la semana:

*Dios, gracias por estar siempre conmigo.
Amén.*